

revista de lingüística y literatura

LEXIS

VOLUMEN XXX N° 2 2006

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

NOTA ETIMOLÓGICA

Lexis XXX.2 (2006): 323-340

***Ollantay*: topónimo antes que antropónimo**

Rodolfo Cerrón-Palomino

“Con profundo dolor dije adiós para siempre a Ollantaytambo, jardín a la par que fortaleza, con su clima de eterna primavera, enmarcado por las más elevadas montañas de nuestro continente, tan desnudas y austeras como brillante y verde es el valle mismo”.

Squier ([1877] 1974: XXIV, 280)

0. El nombre <Ollantay> refiere al héroe epónimo del drama colonial quechua de igual nombre, pero también, con el agregado de <tambo>, a la fortaleza imponente situada al noroeste del valle del Urubamba (Cuzco), y, por extensión, al pueblo en el que ella se yergue. Para unos, los restos arquitectónicos estarían inmortalizando el nombre del héroe levantisco; para otros, en cambio, el nombre del vasallo rebelde, acantonado en la ciudadela fortificada, sería en verdad un gentilicio. En cualquier caso, se ha dado por sentado que la palabra —topónimo o antropónimo, o ambas cosas a la vez— sería de origen quechua, y, a partir de dicha creencia, se ha intentado darle diversas significaciones, a cual más absurda. En la presente nota buscaremos demostrar que la designación es de puro cuño aimara y no quechua, y que, originariamente, fue un topónimo descriptivo a partir del cual se infirió el nombre del héroe con propósitos más bien literarios y simbólicos. La interpretación etimológica ofrecida, como se verá, a la par que desecha una

serie de mitos, tiene importantes implicaciones relativas a la historia de los orígenes de la civilización incaica.

1. Quechuismo primitivo. En los medios académicos no especializados persiste aún la vieja creencia en el carácter genuinamente panquechua del Tahuantinsuyo. Dicha concepción es la responsable, particularmente en el tema que nos ocupa, de la interpretación de topónimos y nombres de instituciones incaicas a partir del quechua, con exclusión de otras lenguas. Conforme lo hemos venido señalando en otras publicaciones sobre onomástica andina (ver, por ejemplo, Cerrón-Palomino 2004b, 2006), semejante visión, y el ejercicio que de ella se deriva en la práctica, carecen de todo sustento empírico. El caso de <Ollantay> no hace sino confirmar lo señalado, según se verá en las secciones siguientes.

Para comenzar, recordemos que quienes trataron de dilucidar el significado del nombre lo hicieron, en su mayoría, en el contexto del debate en torno a la autenticidad histórica del héroe inmortalizado en el conocido drama quechua de autor anónimo. Endeudados de la visión tradicional del “quechuismo primitivo” de los incas, los etimologistas improvisados han asumido, salvo alguna que otra excepción, un origen quechua para el término, aun cuando, a simple vista, como veremos, si bien parece avenirse con la fonética de la lengua, morfológicamente presenta una estructura interna completamente oscura, imposible de ser reconocida en sus componentes supuestamente atribuibles al idioma de partida. A decir verdad, las propuestas mencionadas ya fueron evaluadas en su momento, primeramente por Gabino Pacheco Zegarra (1878), en el último tercio del siglo XIX, y, casi un siglo después, por nuestro colega y amigo Julio Calvo Pérez (1988). Si bien ambos autores rechazan tales etimologías, por ser lingüísticamente insostenibles, proponiendo a su turno otras alternativas de interpretación, no se atreven a poner en tela de juicio el origen supuestamente quechua del vocablo, resignándose a aceptar su carácter semánticamente inanalizable de nombre propio. En lo que sigue repasaremos las etimologías postuladas, ya discutidas por Pacheco Zegarra y Calvo, haciendo nuestras sus observaciones y limitándonos por el momento a resumirlas lo más escuetamente posible. Luego comentaremos otras dos propuestas posteriores a las evaluadas por el primero de los autores mencionados y omitidas por el segundo: las de Mossi (1916) y Auza (1943).

Pues bien, en el estudio preliminar a su versión francesa del *Ollantay*, Pacheco Zegarra (1878: XXXI-XXXVI) cuestiona con toda razón las etimologías formuladas por Sebastián Barranca (1868) y Fernández Nodal (1873), tildando a la primera de “extravagante” y a la segunda de “infortunada”. El primero sostenía, en la introducción a su traducción castellana de la obra, que

Ulla, que tiene su radical en *Ullu* [pene], denotaría el amor físico personificado en Ollanta. La oración elíptica desarrollada sería en esta hipótesis *ccahuari-ullanta* [o sea *qhawa-ri-y ulla-n-ta* ‘mira su pene!'], como una especie de admiración (agregados nuestros).

El segundo, por su parte, también en su versión ollantina, proporciona la siguiente interpretación:

Ollanta, aféresis de *Colla* = una de las razas de los habitantes del Imperio Tahuantinsuyo, la *n* final es el equivalente del pronombre posesivo, *su* y el postrero *ta* es signo de acusativo. Esta raza *colla* o *culla* era de corazón sencilla [sic] ó sin malicia, razón por la cual esta voz pasó á significar en el Quichua la ascepción de tierno, inocente [...] (*op. cit.*, Libro V, 419, nota 2).

Baste con señalar aquí que el descarte de ambas propuestas se funda, en el primer caso, en razones pragmáticas y gramaticales, y, en el segundo, en observaciones fonética y gramaticalmente oportunas, que nos relevan de mayores comentarios.

Por su parte, Vicente Fidel López, cuando discurre acerca de la música y poesía incaicas, aventura la siguiente etimología:

La segunda sílaba [sic] de la palabra OLLANTAY (ANTAY) significa los Andes; pero en quichua, no hay ninguna raíz que sea OI u OLL; esta sílaba era, en la boca de los peruanos, ULL o UILL, o mejor UILLA-ANTAY; y como UILLA-ANTAY significa leyenda, tradición, historia, crónica, UILLA-ANTAY significa la leyenda y la historia de los Andes (López 1871: II Parte, cap. IV, pp. 327-328).

Al respecto, sobra decir que Julio Calvo ya se encargó de rechazar oportunamente tan antojadiza como forzada interpretación, en el

estudio inicial a su versión castellana del drama (*cf.* Calvo 1988: Primera Parte, § 1.3), invocando razones de orden pragmático y morfosintáctico¹.

Las otras dos etimologías anunciadas son las de Mossi y Auza. La del primero, ofrecida en las páginas introductorias a su versión castellana del drama, se resiente de la conocida obsesión hebraizante del quechuista ítalo-argentino, para quien

Ollanta [es] un nombre compuesto de la raíz *yajal*, ser alto, eminente, superior; y Anta es pueblo o lugar; como Anta-marca; Ollanta es pueblo eminente y de este pueblo es Ollantay, nombre patronímico; Ollantay es descendiente de Ollanta (*cf.* Mossi 1916: 13).

Sobran los comentarios², con la única atingencia de que también para este quechuista la *-y* sobrante vendría a ser una marca gentilicia. Auza (1943: 223-224), por su parte, sin hacer alusión a la etimología peregrina de Mossi, cuestiona el significado de “Anta Alta” proporcionado por éste, y sostiene que el topónimo se analizaría mejor como “Tambo de Anta Baja”, donde el parcial <Olla> es asociado arbitrariamente con la supuesta voz quechua <uri>, que vendría a ser ‘bajo’³. En ambos

¹ Agreguemos, de paso, que la asociación de <Anta> con <Anti>, la región nororiental según el sistema del ordenamiento espacial del Tahuantinsuyo (es decir el Antisuyo), es también puramente antojadiza, y se explica como efecto de una ilusión óptica o auditiva, según el caso, ya que evidentemente estamos ante palabras que nada tienen que ver etimológicamente entre sí. Justamente esta falsa asociación ha dado lugar a que al héroe Ollantay se le confiera el epíteto de “general anti”, “cacique de los antis”, o, más poéticamente, “titán de los Andes”, según reza el título de una obra conocida de Ricardo Rojas (1937). Lo que no quita, sin embargo, que en la percepción de incas y españoles Ollantaytambo estuviera en la ruta de la región Anti.

² Recordemos que este quechuista prolífico es autor de un curioso *Diccionario hebreo-quechua-castellano*, que acompaña a su traducción (pp. 243-256), en el que da por sentado el origen hebreo de unas 600 palabras quechuas, exotismo nada ajeno por lo demás, entre los estudiosos de la época, destacando dentro de ellos, sin ir muy lejos, Vicente Fidel López (*op. cit.*), quien buscaba demostrar que la lengua andina estaba emparentada con las lenguas clásicas!

³ En Cerrón-Palomino (2002b) hemos dejado demostrado el carácter espurio de <urin> o <hurin>, supuestamente opuesto a <hanan> ‘arriba’, como producto de una mala lectura de la palabra genuina <hurin> ‘dentro’. El error se vio reforzado por la existencia de la voz *ura-n* ‘abajo’, con la cual se la asoció, por su parecido fonético y semántico, pero sólo parcial. Como se ve, estamos hablando del término de una oposición importante dentro del ordenamiento espacial del mundo andino en general e incaico en particular.

casos, por lo demás, se vincula gratuitamente el nombre <Ollantay> con la palabra quechua <Anta>, que ciertamente resulta familiar en la toponimia andina, aunque no exclusivamente en relación con el pueblo y la zona arqueológica que nos concierne, por lo que la asociación resulta, una vez más, enteramente arbitraria.

Para terminar con esta sección, resta ahora ver las hipótesis propuestas por Pacheco Zegarra y Julio Calvo. Ya se adelantó que para ambos el nombre <Ollanta>, asumido como topónimo quechua, resulta semánticamente irrecuperable, desde el momento en que, al haber devenido formalmente oscuro, habría perdido toda posibilidad de recobrar su motivación. Como tal, la voz <Ollantay>, analizable como <Ollanta-y>, podría significar según Pacheco, a lo sumo, “aquello que es de, o que pertenece a Ollanta” (p. XXXIII), donde el elemento -y vendría a ser una marca gentilicia, tal como sostendrá también Mossi. Por su parte, Calvo, luego de identificar dicho remanente con el sufijo quechua homófono -y, que portaría hasta seis valores diferentes, concluye señalando que, por lo menos en el texto del drama, el nombre “está reservado a genitivos [= valor genitivo] o a momentos de especial emotividad [= valor vocativo]” (p. 17). De esta manera, <Ollanta-y> podría significar ‘mi Ollanta’ tanto como ‘¡oh, Ollanta!’ Al respecto, debemos señalar que ambas explicaciones resultan igualmente injustificadas, desde el momento en que, una vez más, se quiere encontrar en el nombre los restos identificables de una designación supuestamente quechua. Nuestro paso siguiente consistirá en demostrar que el nombre es de cuño íntegramente aimara.

2. Origen aimara del nombre. Ya se vio cómo la idea preconcebida del quechuismo primitivo de la civilización incaica dio lugar a que se forzara el análisis del nombre <Ollantay> con tal de arrancarle un significado, aun a costa de estrujamientos fonéticos, morfológicos, sintácticos, y hasta pragmáticos. El saldo, al no resistir las condiciones mínimas de plausibilidad exigidas por la disciplina etimológica, no podía ser sino catastrófico. Distinto habría sido el resultado de habersele ocurrido a alguien buscarle otro origen, pero esto es algo que no pasó por la mente incluso de quienes, en su momento, cuestionaron implícita o explícitamente la tesis del quechuismo primordial de los Andes centro-sureños. En efecto, por citar sólo a dos de los más entusiastas defensores del

“aimarismo primitivo” de la civilización andina, Paz Soldán (1877: 625) y Middendorf ([1895] 1974: IV, 395-405), que a menudo reclaman el origen aimara de ciertos topónimos tenidos por quechuas, callan esta vez, prudentemente, cuando tratan sobre el nombre que examinamos. Que sepamos, el único que le asignará una procedencia aimara, o mejor quechumara, es Durand (1921: 25), aun cuando el análisis propuesto sea tan absurdo como los examinados previamente. En efecto, para este autor, el nombre <Ollantay> significaría ‘rocío’, y se derivaría a partir de <sulla-n-tha> “rociar”, que se analiza como <s-ulla-n-ta> “rocío, yerba mojada”. Aparte de la prótesis caprichosa de la <s> inicial (que recuerda, a la inversa, la aféresis de <c> propuesta por Fernández Nodal), hay en dicho análisis tal confusión, por desconocimiento elemental de la gramática de la lengua, que descalifica el acierto inicial de buscarle un origen idiomático distinto al topónimo. Por lo demás, forzando la identificación de la raíz del vocablo con el término <sulla> ‘rocío’, compartido por ambas lenguas, creyó explicar el parcial <-n-ta> por el aimara, cayendo de este modo de la sartén a la brasa⁴. De nada le sirvió, en tal sentido, la cita de Bertonio que hace el autor, no obstante que su consulta era imprescindible para dar con la etimología del nombre.

En efecto, el traspies de Durand no debe hacernos perder de vista el hecho de que el trabajo etimológico aplicado al estudio de la toponimia andina, en particular la del área centro-sureña, impone buscar alternativas de interpretación a partir de otras lenguas que sabemos que se hablaban en la región. Uno de tales idiomas sobre cuyo territorio centro-andino original se superpondría posteriormente el quechua es el aimara. De manera que no debe sorprender que la toponimia de la región, incluyendo la del área cuzqueña, responda a dicha presencia originaria. Es el caso concreto del topónimo <Cuzco>, como lo hemos demostrado recientemente (*cf.* Cerrón-Palomino 2006), y también el de <Ollantay>, como pasaremos a explicar⁵.

Pues bien, entrando en la materia, comencemos señalando que la reconstrucción del vocabulario básico del proto-aimara (Cerrón-Palomino

⁴ El extravío lingüístico del autor radica en que, aparte de segmentar arbitrariamente el parcial <-n-ta>, cree ver, en el segundo elemento segmentado, el participio *-ta* del aimara, dejando en el aire el sobrante <-n>.

⁵ Un adelanto sobre el segundo ya fue ofrecido en Cerrón-Palomino (1998: § 5.1.2.3, 149-150).

2000a: Apéndice C) permite postular la raíz **ulla-* para la noción de ‘ver’ (cf. entrada número 57). Los reflejos modernos de dicho vocablo son *illa-*, en el aimara tupino o central, y *ũa-*, alternando con *ĩña-*, en el aimara altiplánico o sureño, respectivamente. Las diferencias mínimas que advertimos entre ambas formas se explican, de manera natural, por medio de reglas propias a toda la familia lingüística. En efecto, por un lado, el cambio **ll > ñ* es un proceso bastante conocido que afecta por igual, si bien esporádicamente, tanto al aimara como al quechua (así, por ejemplo, la palabra *mullaka* ‘cierta planta rastrera’ alterna con *muñaka*, en el quechua; y *llink’i* ‘araña’ y *ñink’i* varían en el aimara boliviano). Es más, uno de los rasgos característicos que distinguen al aimara tupino del collavino es el haber cambiado toda *ll* inicial de palabra en *ñ* (cf. Cerrón-Palomino 2000a: cap. V, § 1.5.2): así en *ñajlla* ‘timido’, *ñaki* ‘pena’, *ñullu* ‘tierno’, etc. frente a sus correspondientes *llajlla*, *llaki* y *llullu*, formas igualmente compartidas por el quechua). De otro lado, la diferencia de la vocal inicial (es decir *i* versus *u*) que muestran los reflejos de la raíz examinada es también un fenómeno frecuente entre ambas ramas aimaraicas (central y altiplánica). De hecho, como lo señalamos en nuestro trabajo de reconstrucción, existe una tendencia general, en el aimara central, a favor del cambio **a, u > /i/*; pero la fluctuación se da igualmente, aunque en menor medida, en la variedad altiplánica (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. V, § 2). Sin ir muy lejos, la variante *ĩña-* predomina en Potosí (cf. Briggs 1993: cap. 2, § 2.3.1, 29-30), aproximándose en este punto a la forma *illa-* del aimara tupino: aquí también, como ocurre en casos semejantes, los extremos del territorio se tocan. Hasta aquí la información de corte comparatístico y dialectal. Sobra decir que, de haberse encontrado previamente un vocabulario aimara moderno que contuviera la raíz **ulla*, nos habríamos ahorrado, aunque fuera parcialmente, buena parte de las elucubraciones fantasiosas vistas previamente.

Quisiéramos señalar, sin embargo, que no hacía falta esperar los trabajos de reconstrucción del proto-aimara para dar con el étimo de *Ollantay*. Porque, como veremos, bastaba con una consulta cuidadosa del mismo Bertonio al que había recurrido Durand. En efecto, el jesuita anconense consiga la entrada <vlla-> ‘ver’, alternando con <vlli->, con una larga lista de derivados (cf. Bertonio [1612] 1984: II, 272-273). Es más, en la primera parte de su *Vocabulario*, al introducir el equivalente de ‘ver’, nos proporciona la valiosa información según la cual la forma

<ulla->, privativa de los lupacas, tenía como equivalente a <uña-> entre los pacases (cf. Bertonio, *op. cit.*, I, 467). Este dato es exacto, pues, como lo adelantamos, la forma altiplánica moderna del vocablo es precisamente *uña-* en La Paz, el antiguo territorio de los pacases. Nótese, sin embargo, que la variación dialectal proporcionada por el ilustre aimarista responde a una variable de tipo étnico (lupacas versus pacases), mientras que la que ofrecemos es más bien geográfica. Ocurre que la variante *ulla-*, que en tiempos coloniales todavía se empleaba en Puno, viejo emplazamiento de los lupacas, cedió finalmente a *uña-*, que es la forma generalizada que corre hoy día en todo el altiplano. Hay otro dato más digno de resaltar en este punto: ahora sabemos que la variedad aimara que se hablaba en el Cuzco, antes de su quechuzación, compartía con el lupaca la forma *ulla-*, más próxima a su étimo proto-aimaraico. Siendo *uña-*, en cambio, un reflejo más embozado de aquél, podía burlar fácilmente la atención de quienquiera que indagase por el origen aimara del vocablo consultando únicamente los vocabularios modernos.

Pues bien, una vez identificada *ulla-* como la raíz del nombre, resta ahora por reconocer lo que queda de éste. No hace mucha falta ser experto en gramática aimara para aislar fácilmente en dicha porción el sufijo *-nta*, derivador deverbativo que indica dirección de arriba hacia abajo o de afuera hacia adentro (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. VI: § 2.22.11.1). De manera que la forma derivada *ulla-nta-* significará, para valernos de la definición que el propio Bertonio proporciona, “mirar dentro, o abaxo” (cf. *op. cit.*, II, 373). Pero un tema verbal como éste necesitaba nominalizarse para ser empleado como topónimo. Y aquí entra, precisamente, el remanente *-y*, resto de un antiguo sufijo aimara que, según se adelantó, nada tiene que ver con su homófono polivalente quechua. En efecto, como lo hemos demostrado en otros trabajos (ver, sobre todo, Cerrón-Palomino 2002: § 2), la forma original postulada para tal morfema es **-wi*, deverbativo verbal aimara, actualmente en franco proceso de gramaticalización. El significado que dicho sufijo le imprime al tema verbal es el de ‘lugar donde acontece algo’. De manera que, uniendo el rompecabezas, tenemos que <Ollantay> provendría de **ulla-nta-wi* ‘lugar desde donde se ve de arriba hacia abajo’, es decir ‘otero’ o ‘atalaya’; o sea que estaríamos ante un nombre fundamentalmente descriptivo, como lo es la gran mayoría de los topónimos andinos. En efecto, quienquiera que haya escalado los diecisiete andenes de

la imponente fortaleza estará de acuerdo con nosotros en aceptar que aquello no podía ser otra cosa que una inmensa atalaya de carácter monumental⁶. El paso final de **ulla-n-ta-wi* a <Ollantay>, especialmente el recorrido **-wi* > -y, se explica, como producto de su quechuización posterior, a través de dos fases sucesivas: (a) apócope, y (b) cambio de la secuencia resultante [aw] en [ay], tendencia esta última achacable a influencia aimara. Todo esto está ampliamente documentado no sólo en los tratados dialectológicos y comparatísticos del quechua y del aimara sino también en la toponimia andina, como lo detallamos en el estudio previamente citado.

Tal fue, en suma, el nombre inicial del lugar. Posteriormente, sin embargo, al constituirse en un centro administrativo importante en el camino al Chinchaisuyo, tras su conquista y ocupación por Pachacutiy⁷, <Ullantay> fue rebautizado como <Ullantay Tambu>, es decir ‘el tambu de Ollantay, donde el núcleo de la frase nominal (es decir *tambu*) acaparaba ahora la carga designativa fundamental. Pero la nueva designación se daría cuando la clase gobernante cuzqueña estaba en trance de sustituir su lengua materna, que era aimara, a favor del quechua chinchaisuyu adquirido: la mejor evidencia de esto último es la forma <tambu> y no <tampu>, como quería el Inca Garcilaso, en la creencia de que se trataba de una “corruptela española” (cf. Cerrón-Palomino 1991). Con el tiempo, una vez consumada la quechuización y consiguiente deaimarización de toda la región cuzqueña, el nombre de <ullantay>, convertido en simple modificador de <tambu>, habría perdido toda significación para el común de los nuevos quechuahablantes del lugar.

Ahora bien, sería un error creer que la raíz *ulla-* aparece únicamente en el topónimo <Ollantay>. Por el contrario, ella se encuentra

⁶ En tal sentido, discrepamos de la hipótesis formulada por Hemming y Ranney (1990: 100), según la cual Ollantaytambo “habría sido un templo, aunque cercado por una fortificación”. De hecho, la etimología del topónimo no parece respaldar tal propuesta, dejando sin pie toda motivación de orden religioso.

⁷ Analizamos este antropónimo como **pača kuti-y* ‘la vuelta del mundo’, al igual que en el caso de Pacariytambo, es decir **paqa-ri-y tambu* ‘el aposento donde se nace’, pues no hay mejor evidencia de que así corrian en boca de los informantes de los cronistas que la manera en que éstos los transcriben (con el nominalizador infinitivo imperceptible en el contexto respectivo). Las formas <Pacarectampu> y <Pachacutec>, “reestablecidas” por el Inca Garcilaso, son a todas luces arbitrarias. Nótese, incidentalmente, que <Pacaritambo> es nombre quechua tardío que seguramente reemplazó a otro más genuino.

formando la base de varios otros nombres de lugar, principalmente en el lado peruano, en un territorio que se extiende por lo menos desde Canta (Lima) hasta Puno, es decir cubriendo el espacio originario ocupado por el aimara⁸. En efecto, tanto Paz Soldán (*op. cit.*) como Stiglich (1922) consignan nombres como <Ullancani> (Mara, Cotabambas), en el departamento de Apurímac; <Ullaca> (Pampacolca, Castilla), <Ullacbamba> (Chuquibamba, Condesuyos), <Ullaña> (Lari, Caillo), <Ullantira> (Yanahuara), en el departamento de Arequipa; <Ullay> (Calca), <Ullacuni> (Maranganí, Canchis), <Ullatañota> (Livitaca, Chumbivilcas), en el departamento del Cuzco; y <Ollachea> (en varios lugares de Carabaya), <Ullari> (Pichacani), <Ullacachi> (Vilque) y <Ullaraya> (Maranganí, Yunguyo), en el departamento de Puno. Encontramos asimismo <Ollanga>, una chacra de Atavilos Alto en Canta (Lima); pero también, fuera del territorio peruano actual, <Ollaya> (Pisagua, Tarapacá) en Chile, y <Ollagüe>, un paso en la cordillera occidental del ferrocarril Uyuni-Antofagasta, así como también un volcán nevado de la provincia de Nor Lípez, en Bolivia (*cf.* Gonzales Moscoso 1964: 146). La mayoría de tales topónimos tiene pura gramática aimara (<Ulla-ña> ‘miradero’, <Ulla-nti-ra> ‘serie de atalayas’, <Ulla-ra-y(a)> ‘lugar de atalayas’, <Ulla-y> ‘lugar desde donde se mira’, <Ulla-ta-ñ-ota> ‘casa de vigilancia’, <Ulla-ri> ‘el que mira’, <Ulla-cachi> ‘cerco para observar’, <Olla-güe> ‘mirador’ (con reflejo más visible del sufijo nominalizador *-wi). El resto acusa gramática quechua, como en <Olla-nga> ‘lugar de mira’, <Ulla-c-bamba> ‘llanura del que mira’, <Ulla-nca-ni> ‘lugar con miradero’; o reaimarización, como en <Ulla-c-(a)> ‘el que mira’, <Olla-chi-y(a)> ‘mostrador’, <Ulla-y(a)> ‘lugar donde se mira’ (en los tres últimos casos con vocal paragógica aimara), <Ulla-cu-ni> ‘lugar para mirarse’ (donde el sufijo quechua *-ku* no tiene valor reflexivo sino de beneficio personal).

3. Topónimo primigenio. Quienes han sostenido el origen prehistórico del drama *Ollantay* han creído ver, en el topónimo estudiado, la

⁸ Fuera de este territorio encontramos <Ullacana> en Tarma (Junín), y, más al norte, <Ullancay>, en Pataz (La Libertad), que pueden analizarse como <Ulla-qa-na> ‘lugar donde se ve hacia abajo’ y <Ulla-nqa-y> ‘lugar donde se observa’, respectivamente, reflejando designaciones acuñadas en un contexto de bilingüismo aimara-quechua, y viceversa, con remodelaciones sucesivas en una u otra dirección.

mejor prueba de la existencia real del personaje, en la medida en que el nombre de éste habría quedado inmortalizado en el supuesto escenario de su resistencia. Uno de los que sostenían dicha hipótesis era nada menos que Ricardo Rojas, al señalar que:

“El nombre de Ollantay, ya incorporado al acervo espiritual de nuestra América, ha subsistido en el toponímico de Ollantaytambo, ruinas ciclópeas del Perú, hoy visitadas por los turistas [...]” (cf. Rojas 1939: 10).

Según esto, el topónimo tendría un carácter más bien histórico-conmemorativo antes que descriptivo-monumental: la ciudadela en la que el héroe se habría replegado ante el asedio infructuoso de los incas se habría llamado <Tambo de Ollanta>, es decir “la posada del héroe Ollanta”, donde, como se recordará, la *-y* faltante se interpreta gratuitamente como marca de gentilicio (pensando en la traducción castellana antes que en su estructura nativa). De la misma opinión es Espinoza Galarza (1979: 235), aunque, a diferencia de los demás, no cree que la voz sea de origen quechua. ¿Qué hay de cierto en todo ello?

En principio, como se sabe, topónimos de tipo conmemorativo son comunes en cualquier lugar del mundo, y los Andes no podrían ser una excepción a dicha práctica⁹. Con todo, lo que observamos en la toponimia andina es el registro abrumador de nombres más bien descriptivos. De igual manera, como también ocurre en el mundo hispánico, es mucho más frecuente que los antropónimos sean de factura toponímica, señalando la procedencia originaria de sus portadores, ya sea de la huaca, de la pacarina, o del grupo étnico del que ellos se consideraban descendientes. En muchos casos tales nombres constituyen verdaderos enigmas, desde el momento en que, una vez desaparecidas las lenguas en las cuales se forjaron, no siempre estaremos en condiciones de analizarlos e interpretarlos. Afortunadamente, no es ése el caso de <Ollantay>, conforme acabamos de ver. En efecto, tras el análisis formal y semántico ofrecido, no cabe la menor duda de que aquí estamos ante un nombre de carácter eminentemente transparente, portador de un

⁹ Nombres como <Huarochiri> (es decir, **waçu-chi-ri* ‘el constructor de andenes’) o <Pachacamac> (o sea **pača kama-q* ‘el creador del mundo’), de cuño aimara el primero y quechua el segundo, son seguramente buenos ejemplos que perennizan el nombre de las deidades supremas Huari y Huiracocha, respectivamente. Para el primero, ver Cerrón-Palomino 2000c: § 3).

mensaje directo, que con seguridad fue acuñado para describir una realidad concreta: la colosal atalaya que da cima a la ciudadela. Siendo tal la motivación del topónimo en vano buscaríamos justificarlo como antropónimo, a menos que desconozcamos su etimología. De manera que, según esto, no hay duda de que el nombre del personaje del drama, mítico o imaginado, fue inferido a partir del topónimo, y no al revés. Por lo mismo, queda igualmente desvirtuada la evidencia toponímica aducida a favor de la hipótesis del carácter prehispánico del drama.

Para terminar con esta sección resta referirnos a un comentario hecho por Middendorf, en el que parece cuestionar el carácter primigenio del nombre del lugar. Sostiene el ilustre viajero que “el nombre de Ollantaytambo es de origen posterior y proviene de una leyenda” (*cf.* Middendorf, *op. cit.*, 395); y ello, porque, “en tiempos antiguos [el sitio se llamaba] simplemente Tampu” (405). Al respecto debemos señalar que, en efecto, cronistas como Cieza ([1553] 1984: cap. xciii, 261) y Sarmiento de Gamboa ([1572] 1965: cap. 40, 246) se refieren al lugar como <Tambo>; pero ello se debe seguramente a que, al nombrar el lugar, podía suprimirse el modificador, como ocurría, sin ir muy lejos, con el mítico <Pacaritambo>, que también es nombrado en forma abreviada como <Tambo>. Según se sugirió en la sección precedente, todo indica, por el contrario, que la nueva función del topónimo, convertido ya en centro administrativo importante, tras la conquista de los lugareños por Pachacutiy, recibiera el nombre de <Tambu>.

4. **¿Presencia puquina-colla?** Como se recordará, Fernández Nodal pretendía derivar, sin base fonética alguna, <Ollanta> a partir de <Collanta>, nombre cuya base estaría aludiendo al grupo étnico colla, “una de las razas de los habitantes del Imperio Tahuantinsuyo” (*op. cit.*, 419). De esta manera, sin proponérselo, y en virtud de una asociación en principio antojadiza, establecía un nexo entre collas e incas que, después de todo, no iba a resultar infundada, conforme veremos. En efecto, documentos coloniales relativos al pueblo asentado al pie de las ruinas dan cuenta de que el lugar era conocido en 1555 como <Collatambo> o <Collaytambo> (*cf.* Glave y Remy 1983: I Parte, 2); asimismo, hay la referencia a la presencia en la zona de un aillu colla involucrado en disputas sobre tierras en 1560 (*cf.* Protzen 2005: cap. 15, 318, nota 1). ¿Significa esto que los collas del altiplano, considerados como aimaras

según la visión tradicional, tienen mucho que ver con la historia de Ollantaytambo? La respuesta parecería ser obvia, sobre todo habiendo demostrado que el topónimo respectivo es de procedencia aimara. Sin embargo, el asunto es más complicado, como veremos en seguida.

En efecto, los estudios históricos y lingüísticos en torno a los pueblos altiplánicos realizados en las últimas décadas del siglo pasado y comienzos del presente parecen haber demostrado de manera convincente que los collas a que hacen referencia las crónicas, junto con los puquinas, eran en verdad pueblos de habla puquina (*cf.* Torero 1987: 343-351, Bouysse-Cassagne 1988: 1, § III). Ello quiere decir que el empleo de <colla> para aludir a las etnias aimaras del altiplano sería producto de una reinterpretación semántica fomentada por los incas quienes, luego de aplastar a los ejércitos collas y puquinas, se valieron del nombre étnico local para designar a toda la región altiplánica como Collasuyu.

Ahora bien, volviendo a los collas de Ollantaytambo, habrá que ver en ellos, consiguientemente, por lo menos tomando en cuenta su procedencia original, no a grupos de aimarahablantes sino de puquinahablantes. Esto no debe llamar a sorpresa, toda vez que la presencia collapuquina en los albores de la civilización incaica se hace cada vez más patente, a medida que se profundizan los estudios tanto arqueológicos como lingüísticos. No solamente los mitos de origen del imperio nos remiten a la región del Títicaca, cuyos pueblos eran de habla puquina (dejando de lado a los uros lacustres), sino que el estudio documental y onomástico de las instituciones incaicas, con ser incipiente aún, no hace sino corroborar el fuerte nexo cultural entre los incas míticos y la región altiplánica puquina-colla. Es más, todo parece indicar que los creadores de Pucará y Tiahuanaco tuvieron como idioma el puquina y no el aimara, lengua de procedencia centro-andina. De manera que, según el escenario sugerido, los primeros incas, hablantes de puquina, habrían emigrado hacia el Cuzco, zona de habla aimara, donde sus descendientes acabarían aimarizándose en el lapso de un par de generaciones (ver, sobre este punto, Cerrón-Palomino 1988, 1999, 2004a). Por su parte, estudios arqueológicos realizados recientemente en el área del Cuzco, particularmente en un centro importante como Choquepuquio, indican la presencia innegable de rasgos asignables a una “influencia sureña que emana de la hoya del Títicaca” (*cf.* Hiltunen y McEwan 2004: 245-246).

Lo propio puede decirse de Ollantaytambo, como ya lo habían señalado Stübel y Max Uhle entre otros, según Protzen (*op. cit.*, 368). Quienes han argumentado en esa dirección con mayor contundencia han sido Hemming y Ranney (*op. cit.*: 109) al sostener que “hay similitudes impresionantes y fascinantes entre la parte central de Ollantaytambo y la gran ruina preincaica de Tiahuanaco cerca del lago Titicaca”. Tales similitudes se reflejarían en su brillante mampostería, sus sillares rectangulares, sus inmensos bloques de piedra, apretados, poligonales y biselados, así como las grapas de cobre en forma de doble T que los unen. El nexo arqueológico estaría refrendado, además, por la tradición transmitida por los informantes del lugar y recogida por Sarmiento de Gamboa, según la cual el inca Pachacutiy habría ido personalmente a inspeccionar Ollantaytambo, donde “hacía unos suntuosísimos edificios, y la obra y albañilería de los cuales andaban trabajando como cautivos los hijos de Chuchi Capac, el gran cinche del Collao, a quien [...] venció y mató el inga en el Collao” (*cf.* Sarmiento de Gamboa, *op. cit.*, 245). La fama de los alarifes tiahuanacotas también consta en otra tradición referida por el Inca Garcilaso, esta vez en relación con la construcción de la fortaleza de Sacsaihuamán. Según ella, uno de los cuatro “maestros mayores” responsables de la edificación habría sido <Acahuana Inca>: “a éste atribuyen mucha parte de los grandes edificios de Tiahuanacu” (*cf.* Garcilaso Inca [1609] 1943: VII, XXIX, 152). Todo ello, como se ve, parece calzar perfectamente dentro de la hipótesis del nexo puquina-colla-tiahuanacota, aunque ciertamente no faltan estudiosos escépticos que ponen en duda dicha relación, comenzando por la “gran brecha temporal [unos 400 años] entre el colapso de Tiahuanaco y el ascenso del imperio inca” (*cf.* Protzen, *op. cit.*, 370)¹⁰.

Con todo, como dijimos, los estudios arqueológicos recientes parecen confirmar el nexo mencionado, no ya solamente para el sitio de Ollantaytambo sino también para otros lugares comprendidos dentro del área cuzqueña (*cf.*, por ejemplo, Paredes 2003, para Sacsaihuamán). Por lo demás, ya se vio como, en los predios de la lingüística, la existencia de dicha relación es también bastante convincente. Lo que debe

¹⁰ Sobre este punto, sin embargo, conviene tener en cuenta las reflexiones formuladas por Meyers (2000: 532). El “vacío ideológico” entre un desarrollo y otro podría haber sido llenado por influencias no necesariamente directas sino mediadoras.

quedar claro en este caso, particularmente en el de la etimología de <Ollantay(tambo)>, es que no hay contradicción alguna entre la presencia de puquina-collas en el lugar y el origen aimara del nombre, a menos que bajo la designación de collas sigamos comprendiendo, según la visión tradicional de la historia incaica, a los grupos aimaras del altiplano. Si, en cambio, entendemos como colla a un grupo étnica y lingüísticamente emparentado con los puquinas, entonces resulta natural esperar que la designación de <Ollantay> habría sido acuñada cuando los alarifes colla-puquinas habían devenido en aimarahablantes, pero manteniendo su apelativo étnico de origen.

5. **A manera de resumen.** En las secciones precedentes ha quedado demostrada, una vez más, la falsedad de la tesis del quechuismo primitivo del imperio incaico, probando al mismo tiempo que el aimara y no el quechua fue la lengua de los incas, al menos de los llamados históricos, antes de su propia quechuización. Así lo señala el excursus etimológico emprendido, dejando al descubierto el carácter arbitrario, por no decir antojadizo, del análisis toponímico efectuado bajo los dictados de la postura tradicional mencionada. La demostración del origen aimara genuino y transparente de <Ollantay> nos ha servido, de refilón, para disipar otra confusión, esta vez de naturaleza colateral, relacionada con el mismo nombre: nos referimos al antropónimo, que según unos habría precedido al del topónimo. Ya se vio como esta hipótesis carece de toda base, desde el momento en que, cuando se lo interpreta de acuerdo con el análisis ofrecido, no hay duda de que la única motivación que habría hecho posible su acuñamiento tendría que haber sido la descripción de una realidad concreta, como ocurre con la gran mayoría de los topónimos del área andina. Por lo demás, una vez establecido el topónimo, nada podía impedir que se lo pudiera emplear como antropónimo, aunque fuera ficticio, como en el caso del personaje de la obra dramática del mismo nombre. Aparte de tales dilucidaciones, el estudio emprendido también ha servido para ilustrar de qué manera el análisis toponímico puede verse no sólo enriquecido, sino incluso reforzado, por los aportes de otras disciplinas, en el presente caso de la historia y la arqueología. De esta manera, la sola etimología de un nombre nos ha permitido tocar un aspecto sumamente interesante, si bien controvertido, como el de los nexos existentes entre las civilizaciones inca y tiahuanaco.

REFERENCIAS

- Alcedo, Antonio de
[1786] 1967 *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales o América*. Madrid: BAE, Ediciones "Atlas", Tomo I.
- Auza Arce, Carlos
1943 "Cosco". *Revista del Museo Nacional*, XII: 2, pp. 212-224.
- Barranca, José Sebastián
1868 *Ollanta o sea la severidad de un padre y la clemencia de un rey*. Lima: Imprenta El Liberal.
- Bertonio, Ludovico
[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aimara*. Cochabamba: Ediciones CERES-IFEA.
- Bouysson-Cassagne, Thérèse
1988 *Lluvias y cenizas. Dos Pachacuti en la historia*. La Paz: HISBOL.
- Briggs, Lucy Th.
1993 *El idioma aimara: variantes regionales y sociales*. La Paz: Ediciones ILCA.
- Calvo Pérez, Julio
1988 *Ollantay. Edición crítica de la obra anónima quechua*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".
- Cerrón-Palomino, Rodolfo
1991 "El Inca Garcilaso o la lealtad idiomática". *Lexis*, XV: 2, pp. 137-178.
1998 "El cantar de Inca Yupanqui y la lengua secreta de los incas". *Revista Andina*, 32, pp. 417-452.
1999 "Tras las huellas del aimara cuzqueño". *Revista Andina*, 33, pp. 137-161.
2000a *Lingüística aimara*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".
2000b "Hurin: un espejismo léxico opuesto a *Hanan*". En Flores Espinoza, Javier y Rafael Varón (eds.): *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease*. Lima. Fondo Editorial de la PUCP, pp. 219-235.
2000c "La naturaleza probatoria del cambio lingüístico: a propósito de la interpretación toponímica andina". *Lexis*, XXIV: 2, pp. 373-396.

- 2002 “Morfemas aimaras arcaicos en la toponimia centroandina: los sufijos *-y*, *-n* y *-ra*”. *Lexis*, XXVI: 1, pp. 211-230.
- 2004a “El aimara como lengua oficial de los incas”. *Boletín de Arqueología PUCP*, 8, pp. 9-21.
- 2004b “Las etimologías toponímicas del Inca Garcilaso”. *Revista Andina*, 38, pp. 9-64.
- 2006 “Cuzco: la piedra donde se posó la lechuzca. Historia de un nombre”. *Lexis*, XXX: 1, pp. 145-188.

Cieza de León, Pedro de

[1551] 1985 *Crónica del Perú, Segunda Parte*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Durand, Juan

1921 *Etimologías Perú-bolivianas*. La Paz: Talleres Gráficos “La Prensa” de José L. Calderón.

Espinoza Galarza, Max

1979 *Topónimos quechuas del Perú*. Lima: Talleres Gráficos de Imprenta Noriega.

Fernández Nodal, José

1873 *Elementos de gramática quichua ó idioma de los incas*. Cuzco: Depósito del Autor.

Garcilaso de la Vega, Inca

[1609] 1943 *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A.

Glave, Luis Miguel y María Isabel Remy

1983 *Estructura agraria y vida rural en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos XVI y XIX*. Cuzco: C.E.R.A. “Bartolomé de Las Casas”.

González Holguín, Diego

[1608] 1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quichua o del Inca*. Lima: U.N.M.S.M.

Guaman Poma de Ayala, Felipe

[1615] 1939 *Nueva crónica y buen gobierno*. Paris: Institut d’Ethnologie.

Hemming, John y Edward Ranney

1989 *Monuments of the Incas*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hiltunen, Juha y Gordon McEwan

2004 “Knowing the Inca Past”. En Silverman, Helaine (comp.): *Andean Archaeology*. Oxford: Blackwell Publishing Ltd., pp. 235-254.

López, Vicente Fidel

1871 *Les races aryennes du Pérou*. Paris: à la Librairie A. Frank.

Meyers, Albert

2000 “Los incas: ¿bárbaros advenedizos o herederos de Tiahuanaco?”, en Flores Espinoza, Javier y Rafael Varón (Eds.), pp. 525-535.

Middendorf, Ernst W.

[1895] 1974 *Perú*. Lima: UNMSM, Tomo III.

Mossi, Miguel Ángel

1916 *Ollantay. Drama kjéchuwa en verso, de autor desconocido*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.

Pacheco Zegarra, Gavino

1878 *Ollantay. Drame en vers quechuas du temps des Incas*. Paris: Maisonneuve & Cie, Libraires Éditeurs.

Paredes, Mónica

2003 “Prácticas funerarias incaicas en Sacsayhuamán: enterramientos ceremoniales y complejo funerario”. *Boletín de Arqueología PUCP*, 7, pp. 79-111.

Paz Soldán, Mariano Felipe

1877 *Diccionario geográfico-estadístico del Perú*. Lima: Imprenta del Estado.

Protzen, Jean-Pierre

2004 *Arquitectura y construcción incas en Ollantaytambo*. Lima: Fondo editorial de la PUCP.

Rojas, Ricardo

1939 *Ollantay. Tragedia de los Andes*. Buenos Aires: Editorial Losada, S. A.

Sarmiento de Gamboa, Pedro

[1570] 1965 *Historia Indica*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas, Tomo CXXXV, pp. 195-279.

Squier, George E.

[1877] 1974 *Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica (1863-1865)*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Stiglich, Germán

1922 *Diccionario Geográfico del Perú*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Torero, Alfredo

1987 “Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI”. *Revista Andina*, 10, pp. 329-372 (con debate).